

VIOLENCIA TRAUMÁTICA Y ELABORACIÓN. ALGUNAS COORDENADAS TEÓRICO-CONCEPTUALES PARA ABORDAR LA EXPERIENCIA LÍMITE DE LA (PROPIA) DESAPARICIÓN Y SUS INSCRIPCIONES SUBJETIVAS

*Traumatic violence and elaboration. Some theoretical and conceptual
guidelines to address the limit experience of the (self) disappearance and its
subjective inscriptions*

Julieta Lampasona*

<https://orcid.org/0000-0001-6720-7282>

Resumen

El presente artículo recupera algunas de las líneas teóricas que guiaron mi investigación doctoral, abocada al estudio de las inscripciones biográficas de la experiencia de la (propia) desaparición y posterior sobrevivencia en sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención (CCD) en la Argentina. En particular, hace foco en algunos de los principales antecedentes teóricos relativos, por un lado, a las experiencias sociales límite y sus persistencias traumáticas en el espacio subjetivo y, por el otro, a los procesos de elaboración y rememoración, con el objetivo de abordar conceptualmente la radicalidad de esta experiencia singular y sus inscripciones subjetivas.

<Experiencia social límite> <Inscripciones Subjetivas> <Elaboración> <Sobrevivientes>

Abstract

This article recovers some of the theoretical lines that guided my doctoral research, which studied biographical inscriptions of (own) disappearance on survivors of Clandestine Detention Centers (CCD) in Argentina. Particularly, it focuses on some of the main theoretical framework related to social limit experiences, their traumatic persistence in subjective space, and elaboration and remembrance processes, in order to conceptually address the radicality of this singular experience and its subjective inscriptions.

<Social limit experience> <Subjective inscriptions> <Elaboration> <Survivors>

Recibido: 20/11/2020 // Aceptado: 25/04/2021

* Becaria posdoctoral Centro de Investigaciones Sociales - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CIS- IDES - CONICET), julieta.lampasona@gmail.com.

Introducción

Por su cualidad liminar y por la violencia radical que configuró al dispositivo concentracionario en la Argentina¹, las vivencias asociadas al cautiverio clandestino -atravesadas por la tortura y la producción de muerte, entre otras- constituyeron instancias profundamente disruptivas de la estructura de sujeto en términos de: (i) sus construcciones simbólicas, (ii) de sus proyecciones de futuro y sus configuraciones identitarias, y (iii) de los entramados de interrelación. Producido el secuestro, el ingreso a la espacialidad del CCD inauguraba un proceso continuo de avasallamiento respecto de aquello que constituía la humanidad del sujeto y su propia identidad (Calveiro, 1998; Gatti, 2008)². Esta (pretendida) “desligazón” del sujeto respecto de su historia, de su linaje y del andamiaje socio-político que lo(/a) constituía en ciudadano(/a) (Gatti, 2008, p. 47), sustentada en la emergencia de una diferencia radical que lo(/a) objetualizaba y destituía de su propia condición humana (Berezin, 2003; Puget, 2003), nos permite considerar al CCD como dispositivo de crueldad³.

La experiencia límite del CCD supuso, por tanto, un proceso tendiente a la destrucción del sujeto. Ahora, una vez producida la liberación y (re-)aparición en el mundo de la vida, esa situación de dos lugares no se fue desarmando fácil ni inmediatamente y aquí radica la vulnerabilidad extrema en la que continuaron inmersas, en muchos casos, las víctimas⁴. Pero, ¿cómo abordar conceptualmente estos procesos

¹ Nos referimos, en particular, a los Centros Clandestinos de Detención (CCD) emplazados durante el período 1975-1983. Incluimos en este recorte temporal al Operativo Independencia en la provincia de Tucumán y las acciones de la denominada “Triple A” (Alianza Anticomunista Argentina), desplegados con anterioridad al golpe militar del 24 de marzo de 1976.

² En palabras de Calveiro: “Desde la llegada (...) el prisionero perdía su nombre, su más elemental pertenencia, y se le asignaba un número al que debía responder. Comenzada el proceso de desaparición de la identidad, cuyo punto final serían los NN (...). Los números reemplazaban a nombres y apellidos, personas vivientes que ya habían desaparecido del mundo de los vivos y ahora desaparecerían desde dentro de sí mismo, en un proceso de ‘vaciamiento’ que pretendía no dejar la menor huella. Cuerpos sin identidad, muertos sin cadáver ni nombre: desaparecidos” (1998, p. 47). En este marco, la proximidad cotidiana de la muerte, los procesos de aislamiento de los detenidos, las condiciones extremas de detención y, particularmente, el sometimiento a la tortura –como forma de sumisión y dominio que irá mellando la capacidad de acción y creación del sujeto (Kordon y Edelman (et. al.), 1986; Amati Sas, 1991; Ulriksen-Viñar, 1991)– configuraron una realidad perturbadora y disruptiva que fue golpeando el mundo simbólico y el espacio subjetivo.

³ Como señalan Ulloa (1998) y Berezin (2003, 2010), el problema de la crueldad remite no tan sólo a prácticas individuales sino también, y fundamentalmente, a modos relacionales y dispositivos socio-culturales específicos que la sostienen y viabilizan. Para el caso que nos convoca -esto es, el de la desaparición forzada y su espacialidad última -el CCD-, y siguiendo particularmente los desarrollos de Ulloa (1998) entendemos a la crueldad como ese desamparo mayor del sujeto que, en y por la ausencia de un tercero de apelación y por la vocación de sometimiento, sujeción y eliminación de esa otredad negada, configura una “encerrona trágica” que lo entrapa y cuyos efectos se sostienen en el largo plazo: “La encerrona trágica es paradigmática del desamparo cruel: una situación de dos lugares, sin tercero de apelación, sin ley, donde la víctima, para dejar de sufrir o no morir, depende de alguien a quien rechaza totalmente y por quien es totalmente rechazado” (Ulloa, 1998, p. 1).

⁴ En gran parte de los casos las resonancias de este des-anclaje del sujeto, del avasallamiento de sus espacios relacionales y de sus construcciones identitarias persistieron más allá de los límites del CCD bajo el acecho fantasmático, insistente, de la violencia extrema vivida. Para su simbolización e inscripción

límites? El presente artículo recupera algunas de las líneas teórico-conceptuales que guiaron mi investigación doctoral, abocada al estudio de las inscripciones biográficas de la experiencia de la (propia) desaparición y posterior sobrevivida en hombres y mujeres sobrevivientes⁵ de los CCD; en particular, se hace foco en algunos de los principales antecedentes teóricos relativos a las experiencias sociales límite y sus persistencias traumáticas en el espacio subjetivo, por un lado, y a los procesos de elaboración y rememoración, por el otro. El recorrido teórico por estos nudos temáticos nos permite aproximar tanto a las formas de vulneración subjetiva que se anudan a las situaciones de violencia radical como a las posibles modalidades -desplegadas en determinadas condiciones- de recomposición y/o reposicionamiento⁶.

Aproximaciones al problema de lo traumático y las persistencias de la violencia en el espacio subjetivo

La pregunta en torno a las rupturas subjetivas y simbólicas que se anudan a los procesos de violencia –y su articulación con los trabajos de significación y rememoración– puede inscribirse en un campo más amplio de discusiones que remite a la (im)posibilidad de representar la experiencia límite. El problema de la representación, en efecto, configuró un campo de estudios profuso, sustentado particularmente en la experiencia del genocidio nazi. En este marco, los desarrollos de Adorno (1998) resultan inaugurales de preguntas y debates acerca de la representación y sus límites: ¿qué es posible decir y cómo, después de Auschwitz? Como destaca Souto Carlevaro (2010), no era la indecibilidad del acontecimiento límite lo que se proponía en sus desarrollos sino, ante todo, la necesidad de admitir, teórica y estéticamente, una (im)posibilidad como elemento constitutivo de la propia espesura de la experiencia límite. Auschwitz, en efecto, no supondría el fin de todo lenguaje posible sino su redefinición plena, esto es, su modulación sobre nuevos modos de decir/pensar que, lejos de negar la violencia, asumieran su radicalidad constitutiva:

(...) tal imposibilidad alude, más que a una obstrucción en términos absolutos, a que el cambio de estatuto de la cultura es irreversible, y ya no es posible escribir como antes de lo que significó la “solución final” sin caer en una complicidad con los genocidas y con un estado de cosas que posibilitó no sólo un

en el campo de experiencia, veremos que serán sustantivos los procesos de elaboración y la inserción en espacios sociales que los tornen posibles.

⁵ Conscientes de la relevancia política del uso de un lenguaje atento a las precisiones de género y de la necesaria revisión de las formas de escritura académica que ello acarrea, en este escrito, haremos uso de categorías como “sobrevivientes” y “sujeto” para referir indistintamente a unos y otras, precisando el uso del masculino y/o del femenino en aquellos casos donde resulte posible.

⁶ En función de los objetivos del presente escrito, no realizamos un abordaje del material empírico producido en el marco de la investigación. No obstante ello, consideramos pertinente mencionar que la pesquisa se estructura sobre un abordaje de tipo cualitativo que, desde una perspectiva biográfica (Sautú, 1999; Vasilachis, 2006; Arfuch, 2010), hace foco en 15 historias de vida de sobrevivientes y su articulación con fuentes secundarias –en particular, libros testimoniales y testimonios disponibles en el Archivo Oral de la Asociación Civil Memoria Abierta.

Auschwitz, sino también la connivencia del grueso del pueblo alemán, que no supo/pudo/quiso evitarlo. (...) pero el autor de ningún modo está exhortando al silencio, (...) principalmente porque es menester reflexionar sobre Auschwitz (aunque no de cualquier modo: sólo 'según Auschwitz') (...). En rigor, el imperativo alude a la necesidad de poner en duda todo aquello (no solo la poesía sino también la teoría, como apunta Moutot) que no ha advertido la imposibilidad, y que no ha colocado su voz 'después de Auschwitz'. (Souto Carlevaro, 2010, pp. 80-82)

En esta línea, que apunta a la discusión de todo intento negacionista, se inscriben también los desarrollos de Agamben (2000), insoslayables al momento de pensar los *lager* nazis y el testimonio de sus sobrevivientes. En efecto, es la búsqueda de una forma de decibilidad –nuevamente, anclada en la (im)posibilidad misma– lo que hilvana sus elucidaciones en torno del testimonio: ¿quién habla por “el musulmán”, es decir, en lugar de quien ha atravesado la experiencia del campo al límite y no puede ya contarlo porque ha muerto? Y al mismo tiempo, ¿qué dice el/(la) sobreviviente cuando su palabra no alcanzaría –siguiendo a Agamben– a decir la vivencia integral del campo –esto es, aquella que se produce en y por la muerte–? En ese “entre” se constituye, según el autor, el testimonio: como estructura dual que articula la palabra y el silencio último en torno de la experiencia límite⁷. La experiencia argentina, en tanto, aportó también elementos para la discusión. Siguiendo a Gatti (2008), entre otros/as, los procesos de desaparición forzada produjeron una ruptura, un resquebrajamiento entre la identidad y el lenguaje que la enuncia y representa; aquello que permitía pensar la vida social, la distinción entre vivos y muertos, las presencias y las ausencias en un tiempo y espacio determinados, se desvanece frente a la desaparición. Y se configura, aquí, –nuevamente– el problema de una representación “(im)posible” (Feld y Stites Mor, 2009, p. 28).

Dentro de este vasto campo de discusión, y desde esta perspectiva, que asume la (im)posibilidad como complejidad constitutiva de la vida –individual y social– después del límite de lo posible, nos abocamos aquí a una dimensión específica, sustantiva para el estudio sobre las reconfiguraciones biográficas producidas por la experiencia de la (propia) desaparición: la de las inscripciones subjetivas de la violencia y su (im) posible sutura. Abordamos para ello, como dijimos, el problema de lo traumático y sus persistencias, primero, para avanzar luego sobre las posibilidades de elaboración. En relación con el primero de estos nudos temáticos, autores como Laub (1992) y LaCapra (2005) –entre otros/as– han conceptualizado la vigencia de actualidad que inviste a las experiencias límite y su presencia acuciante en el psiquismo. Desde allí, ambos autores insisten en el carácter repetitivo del recuerdo traumático y su emergencia intempestiva

⁷ En abordajes previos, avanzamos sobre estos desarrollos y algunas de las tensiones que supone su pleno recupero para el caso argentino, donde la tecnología de la desaparición forzada se configura sobre dos modulaciones constitutivas, esto es, como desaparición y aparición, conjuntamente y donde, por tanto, desaparición y sobrevida suponen dos recorridos posibles e “integrales” de la experiencia del cautiverio (Lampasona, 2012).

como un *revivir* la situación de violencia. Desde la idea específica del *entrapment* – “entrampamiento”, como su traducción posible–, señala Laub que la situación traumática persiste en silencio y acucia al sujeto desde la repetición de “un evento que no termina” (1992, p. 67), reforzando en ese movimiento los efectos de la violencia vivida. En tanto, LaCapra repara en las yuxtaposiciones y/o imbricaciones temporales producidas por la re-emergencia presente del acontecimiento traumático; en ese *revivir* –señala–, pasado y presente se confunden, como imbricados en un tiempo de asedio, indisoluble: “Cuando el pasado se vuelve a vivir sin control, todo ocurre como si no hubiera distancia entre él y el presente. Sea que el pasado se ponga en acto o se repita literalmente, sea que no, la sensación es que uno está de nuevo allí viviendo el suceso una y otra vez, y desaparece la distancia entre el aquí y el allá, entre el ahora y el entonces” (2005, p. 108).

Sobre esta conceptualización de lo traumático, otras producciones han problematizado también sus efectos fantasmáticos en el psiquismo, tanto en lo referido al sujeto de experiencia como a su propia descendencia, asumiendo centralidad el problema de la espectralidad, por un lado, y el de la transmisión intergeneracional, por el otro (Tisseron, et. al., 1997; Gordon, [1997] 2008; entre otros/as).

La experiencia argentina, por su parte, abonó también profusos desarrollos en torno a los procesos de ruptura simbólica anudados a la experiencia traumática, las dificultades de representación que suscitan y el necesario “trabajo de memoria” (Jelin, 2002) para que una simbolización sea posible (Kordon y Edelman, 1986; Puget y Kaës, 1991; Kaufman, 1998; Jelin, op. cit.; Jelin y Kaufman, 2006; entre otros). En todos ellos, los procesos de terror configurados en torno a la figura del detenido-desaparecido dotaron de especificidad a estos abordajes. Como señala Puget (1991), estos procesos de violencia impusieron un estado de amenaza social e impulsaron al silencio implicando, con ello, un ataque a la palabra y a la propia actividad de pensamiento. La violencia misma del acontecimiento traumático, como nos señalan también Kaës (1991) y Kaufman (1998), impide su inscripción en el mundo simbólico hasta tanto no se despliegue un trabajo de elaboración y significación que dote de sentido lo vivido y lo inscriba en el campo de experiencia. Como advierte Kaufman: “En situaciones traumáticas, la violencia del acontecimiento (...) puede quedar fuera del registro de lo simbólico, de lo expresable; lo vivido es vaciado de sentido, queda como un hueco, al que no se tiene acceso por medio del recuerdo ni es posible su reconstrucción histórica” (1998, p. 4). En el mismo sentido, señala Kaës:

Las situaciones de catástrofe social provocan efectos de ruptura en el trabajo psíquico de ligadura, de representación y de articulación. El pensamiento está coartado por la dificultad de representarnos la violencia asociada a la ruptura catastrófica. (...) El primer acto de la violencia social catastrófica es el de establecer el terror mediante la desarticulación de los procesos del pensamiento. Es por ello por lo que la abolición del mundo simbólico da al objeto desaparecido el estatus enloquecedor de una representación fantasmática en el psiquismo. La angustia

que suscita el terror no puede ser reprimida ni proyectada, ni ligarse a representaciones de cosas y palabras, ni encontrar representaciones y objetos en el simbolismo lingüístico y social. El ataque contra la identidad de la especie (genocidio) y de la sociedad (tortura, desaparición) es un ataque contra el orden simbólico. (Kaës, 1991, pp. 167-168)

La experiencia límite de la desaparición queda desligada, así, del mundo de significación, anclada con ello en una “temporalidad intemporalizable” (Cantis, 2010). El tiempo se suspende y y/o disloca, y asume con ello una vigencia de actualidad acechante, asediante y paralizante. Desde ese acecho, el pasado se re-vive, a modo de repetición –ya sea en pesadillas, dolores u otro tipo de hacer compulsivo– e impide su distinción del tiempo presente: “atrapadas en una suerte de temporalidad actual para siempre, eternidad en la que persistiría un núcleo traumático que niega la paz al atormentado, pero que a la vez le sumerge en la temporalidad que engancha” (Cantis, 2010, p. 4).

Desde esta perspectiva, es en y por esas des-ligazones de sentido que “la violencia vivida se incorpora al mundo fantasmático, de modo que a partir de ese momento la propia historia se reorganiza alrededor del núcleo traumático” (Ulriksen-Viñar, 1991, p. 125); y desde allí, reaparece intempestivamente en sueños y/o todo tipo de situación que remita a ese nudo traumático, atrapando –e incluso paralizando– al sujeto. Y es desde esa presencia, desinvertida de significación, que la situación traumática produce –aun en el presente– efectos devastadores en la subjetividad. De lo dicho hasta aquí, se desprende que estas reactualizaciones y persistencias subjetivas de la experiencia traumática trascienden el acontecimiento en su ocurrencia material para configurarse también, y fundamentalmente, en sus efectos⁸. Las situaciones límite a las que refiere este estudio remiten a un hecho traumático que no cesa de ocurrir, cuyo padecimiento no se limitaría al acontecimiento material de la situación de violencia, sino que permanece en el tiempo, produciendo siempre y, por cada reactualización, nuevas consecuencias (Serritella, et. al., p. 2011).

En el apartado subsiguiente veremos que, en el marco de espacios sociales que habiliten y contengan, es posible que el sujeto despliegue múltiples modalidades de elaboración que le permitan inscribir lo vivido en el campo de experiencia, darle sentido,

⁸ Como señalan en su crítica de la conceptualización del “trastorno por estrés postraumático” –fuertemente utilizada para abordar las consecuencias psíquicas de los conflictos bélicos y que remitiría a un único acontecimiento cerrado sobre sí, con efectos meramente individuales: “El concepto de trastorno por estrés postraumático, cuya historia está ligada principalmente a situaciones bélicas y de traumas puntuales, no parece suficiente para dar cuenta del daño sufrido por una persona víctima del terrorismo de Estado, entre otros motivos por las características de permanencia y continuidad en el tiempo de este trauma. (...) En el caso particular de los crímenes de lesa humanidad, afectan intensa y directamente la dignidad de la persona y su proyecto de vida, siendo de esta manera sus efectos duraderos en el tiempo. La conceptualización de TEPT tiende a concebir al trauma como un evento único, siendo sus principales características clínicas la presencia del evento traumático, su reexperimentación, las conductas evitativas y los síntomas de activación. En cambio, aquí nos estamos refiriendo a situaciones de enorme intensidad y repercusión, que permanecen operando en el tiempo y que, pensamos, más que ser reexperimentadas, resultan cada vez en nuevas consecuencias” (Serritella, et. al., p. 2011).

re-temporalizarlo. En todo caso, serán esas nuevas construcciones temporales las que, a modo de re-historización de la experiencia, permitirán construir nuevas afirmaciones subjetivas y proyecciones vitales.

De los procesos de elaboración y rememoración

Frente al golpe inesperado y su inscripción en el espacio subjetivo, los trabajos de elaboración y rememoración aparecen como nociones sustantivas desde las cuales se han abordado conceptualmente las modalidades de “lidiar”-con, de hacer-con aquello propio de lo traumático. Como veremos, estas formas de elaboración no se proponen en sí mismas como tramitaciones “exitosas” y acabadas de una vez y para siempre, sino que permanecen abiertas a nuevas resignificaciones. En efecto, y como señala LaCapra (2005), la tendencia a la repetición y el *acting out* –como anclaje en este tiempo otro, en este presente continuo y atemporal del trauma–, por un lado, y la elaboración, por el otro, constituirían límites posibles de un campo en el que se despliegan múltiples modalidades de tramitación que los incluyen, conjuntamente. Ahora bien, ¿a qué nos referimos con *procesos de elaboración*? Estas nociones nos permiten aproximar a los intentos del sujeto –entendido, siempre, en tramas intersubjetivas y sociales que lo propicien– por simbolizar, dar sentido y nombre a lo vivido.

Como mencionamos a continuación, estas modalidades de lidiar con la violencia vivida suponen la configuración de nuevas temporalidades, anudadas en construcciones reflexivas del sujeto que permiten trazar y distinguir, conjuntamente, eslabonamientos posibles entre pasado –como temporalidad cronológica del acontecimiento traumático– y presente. Para ello, los procesos de elaboración se despliegan articulando de un modo específico trabajos de duelo –en tanto procesos de separación de la libido del sujeto respecto del objeto de amor perdido (Freud, [1915] 1976)– y rememoración: la construcción del recuerdo exige un tiempo de duelo a partir del cual el sujeto elabora la pérdida, simbolizando y construyendo significados en torno a esta realidad disruptiva. Es por ello que la elaboración de lo vivido en situaciones sociales límite requiere de un esfuerzo subjetivo, un “trabajo de memoria” (Jelin, 2002)⁹, de construcción del recuerdo, a partir del cual se toma distancia y se interpretan las huellas de ese pasado.

Los procesos de rememoración suponen, siempre, una articulación compleja –y de fronteras móviles– entre memorias, olvidos y silencios (Jelin, 2002; Ricoeur, 2004; Pollak, 2006). En efecto, la memoria es en sí misma selectiva y supone por ello, necesariamente, remisiones al olvido. Al respecto, señala Jelin: “(...) la memoria y el olvido, la conmemoración y el recuerdo se tornan cruciales cuando se vinculan a acontecimientos traumáticos de carácter político y a situaciones de represión y

⁹ La noción de “trabajo de memoria” propuesta por Jelin (2002) ha iluminado todo el campo de estudios sobre memoria. Pensada como construcción activa, desplegada por un sujeto, la memoria supone un trabajo –subjetivo y también colectivo–, una hechura, un esfuerzo activo por tornar inteligibles las huellas del pasado.

aniquilación, o cuando se trata de profundas catástrofes sociales y situaciones de sufrimiento colectivo” (2002, p. 10 y 11)¹⁰. Y enfatizan, también, Pollak y Heinich:

El trabajo para sobreponerse a los traumas puede implicar la represión de recuerdos singulares o su integración en un discurso muy general sobre los diferentes sufrimientos infligidos, que incluye el olvidar los puntos de referencia – nombres propios, situaciones o eventos particulares- que los singularizarían. Pero es más frecuente, sin duda, y por definición menos visible, el silencio que, a diferencia del olvido, puede ser elegido como un modo de gestión de la identidad según las posibilidades de comunicación de esa experiencia extrema. (2006, p. 59)

En este entramado, los procesos de rememoración viabilizan una “doble inscripción” (LaCapra, 2005, p. 109) del sujeto en una temporalidad que permite retornar críticamente al pasado sin dejar de vivir en el presente. Tiempos conexos y, al mismo tiempo, no-idénticos. En efecto, el trabajo de memoria permite al sujeto “distinguir el pasado del presente y reconocer (...) algo que está relacionado con el aquí y ahora pero no es idéntico a él” (LaCapra, 2005, p. 86).

Ahora, estas formas de rememoración no anulan enteramente los asedios del pasado, sino que se despliegan en una tensión permanente con formas de *acting out*, en tanto emergencia compulsiva y repetitiva de lo traumático; en efecto –señala el autor–, la elaboración y el *acting out* conforman “el par de una distinción”, movimientos que, sin anularse plenamente, se compensan mutuamente (LaCapra, 2005, p. 162). Y en esa tensión se configura esa distancia crítica conjugando, con ello, múltiples temporalidades:

Cuando el pasado se hace accesible a la evocación en la memoria y cuando el lenguaje funciona aportado cierto grado de control consciente, distancia crítica y perspectiva, se ha iniciado el arduo proceso de repaso y elaboración del trauma de un modo que tal vez no logre jamás trascender plenamente el acting out (el acoso de los aparecidos y la experiencia de volver a vivir el pasado con toda su demoledora intensidad) pero que puede dar cabida a otros procesos vinculados con el juicio, con una responsabilidad limitada y un agenciamiento ético al menos. Tales procesos son indispensables para dejar en paz a los fantasmas, distanciándonos de los aparecidos que nos asedian, reavivando el interés por la vida y recobrando la capacidad de comprometer la memoria en un sentido más crítico.

¹⁰ En relación con el olvido, Jelin (2002: 20-32) advierte diferentes tipos: aquel que resulta “necesario” para la propia existencia/supervivencia, el olvido “definitivo” –anclado al propio devenir histórico–, el olvido “evasivo” –que retoma de Ricoeur y que remite a aquello que implica un esfuerzo por no recordar lo que puede herir– y, por último, un olvido “liberador” que remitiría, ante todo, a la posibilidad de una mirada a futuro.

Como aspecto de la elaboración del pasado, el recuerdo implica volver allá y estar aquí simultáneamente, y ser capaz de distinguir esos dos tiempos sin dicotomizarlos. En otras palabras, se recuerda lo que sucedió entonces sin perder la noción de que se vive y se actúa en el ahora, aun cuando en cierta medida quizá se vuelva a vivir todavía compulsivamente el pasado o a ser poseído por él. Esta dualidad (o doble inscripción) del ser es fundamental para la memoria como elemento de repaso y elaboración. (LaCapra, 2005, pp. 108-109)

Esta compleja tensión entre *acting out* y elaboración, entre el asedio del pasado y la vida en el presente, dará lugar a la supervivencia (LaCapra, 2005, p. 126). En efecto, es desde este tomar distancia crítico y reflexivo que remite, ante todo, a la posibilidad de re-temporalizar (Cantis, 2010) e inscribir el evento en el mundo simbólico, de representarlo (Kaës, 1991, p. 174-187; Bleichmar, 2003, p. 49; Berenstein, 2003, p. 86) que el sujeto puede re-apropiarse de su historia (Kaufman, 1998: 4), transitando, habitando su propio presente¹¹.

Desde una perspectiva sociológica y atento a los modos de gestionar y habitar la catástrofe, para el caso argentino, Gabriel Gatti (2008) identifica dos modalidades narrativas que moldean el “campo del detenido-desaparecido” y tornan posible la vida. Estas narrativas –señala– suponen posiciones discursivas, procesos performativos sobre los que se apoyan las identidades sociales, y deben ser pensadas en términos de “tipos ideales”, de límites posibles que atraviesan el campo y estructuran una vida posible en la tensión permanente entre lo pleno de sentido y aquello que le rehúye; y es que “entre la búsqueda del sentido y la gestión cotidiana de la ausencia estamos todos” (Gatti, 2008, p. 25). Las narrativas del sentido son aquellas más duras, originarias, “trágicas”, que tienen por vocación dotar de sentido, explicar y explicar-se la novedad radical que implica la desaparición; así, buscan representar, exorcizar el horror, recuperar lo borrado, desaparecido. Por su parte, las narrativas de la ausencia de sentido son aquellas que, desde la “parodia”, aspiran a habitar esta ausencia; sin ser dominantes como las primeras, pueden vincularse más a las segundas generaciones, a los/las “hijos/as-de...” (Gatti, 2008). Surgidas desde y desplegadas en la ausencia, buscan gestionar ese imposible que supone la desaparición, al tiempo que inventan lenguajes para esa realidad asumida como catastrófica, incómoda, pero habitable. Y es en ese “entre”, en ese espacio arrasado por la desaparición y tensionado entre el sentido y su ausencia, que propone pensar la identidad y la palabra de los y las sobrevivientes.

¹¹ Allí donde se obtura la posibilidad de elaboración, se reforzarán olvidos, negaciones y aquello propio de lo reprimido, acosando al sujeto de manera fantasmática (Tisseron, et. al., 1997; Kaufman, 1998). Por su parte, conviene señalar también que el trabajo (subjetivo) de elaboración requiere, necesariamente, de condiciones y entramados sociales que la habiliten (Jelin, 2006; Pollak, 2006; entre otros/as).

Comentarios finales

Para cerrar nuestro recorrido teórico, nos interesa resaltar la centralidad de los espacios de escucha y contención como apoyatura sustantiva de los procesos de elaboración y recomposición subjetiva. En efecto, considerando que el sujeto elabora y recuerda –siempre– con otros, para que estos procesos puedan desplegarse, serán necesarios espacios sociales de contención y miramiento que, desde la ternura como estructuradora del vínculo¹², los propicien. Como señalan diversos autores y autoras (Laub, 1992; Jelin, 2002, 2006; LaCapra, 2005; Rousseaux, 2009; entre otros/as) hablar sin ser realmente escuchado puede llevar al sujeto a un retorno, un re-vivir el evento traumático, reafirmando sus efectos devastadores. En este sentido, ese otro que desde una escucha atenta devuelve la mirada, se configura como condición de posibilidad ineludible no tan sólo para la toma de la palabra sino, en un sentido más amplio, de toda elaboración, rememoración y recomposición personal posible. En el caso específico que nos convoca, diremos que si las vivencias al interior del CCD fueron desamparando al sujeto, en un proceso que tendía a su deshumanización, la(s) reconstrucción(es) del mundo relacional y el encuentro de y con esos otros que cobijan y escuchan constituye una instancia que, desde la ternura y el miramiento –en tanto ese reconocimiento del otro como “sujeto distinto y ajeno” (Ulloa ([1999] 2005: 2) –, propiciarán nuevas condiciones desde las cuales mirar-se y decir-se sujeto de la (su) historia.

A lo largo de este escrito hemos ido repasando un cúmulo diverso de lecturas y conceptualizaciones teóricas que, entendemos, nos permiten aproximar y tornar inteligibles –no sin mediaciones– algunas de las dimensiones que configuran la experiencia singular de la (propia) desaparición; en particular, aquellas relativas a su cualidad liminar, a las inscripciones subjetivas de lo traumático y sus posibles formas de elaboración. Para finalizar, es necesario advertir no obstante que tanto por el campo disciplinario en el que se inscribe esta indagación –el sociológico– como también y, fundamentalmente, por el encuadre en el que tuvo lugar la palabra de nuestros/as entrevistados/as¹³, no es posible avanzar sobre un análisis de la configuración psíquica

¹² La noción de “ternura” propuesta por Ulloa ([1999] 2005) permite pensarla ya no como instancia afectiva, emocional, sino como dispositivo social contrapuesto a la crueldad que, en y por la emergencia de un tercero de apelación, restituye la escena social desarmando esa situación de dos lugares tan propia del dispositivo cruel: “Cuando se habla de la ternura, uno tiene la sensación de que, si bien es una idea valorada, la misma aparece dudosamente articulada sólo a lo blando del amor. Sin embargo, la ternura es el escenario formidable donde el sujeto no sólo adquiere estado pulsional, sino condición ética. De ahí que hablar de la ternura en la Casa de las Madres, evocar la epopeya de estas mujeres de la Plaza, el momento en que surgieron y la lucha sostenida que mantienen, es un ejemplo de lo que representa la firmeza de la ternura en la organización y defensa de los valores éticos del sujeto social. Si la crueldad excluye al tercero de la ley, en la ternura este tercero siempre resulta esencial” (p. 2).

¹³ Como señalamos en el primer apartado de este escrito, mi tesis doctoral se sostuvo principalmente en el análisis e interpretación de testimonios producidos en el marco de historias de vida. Si bien, por las características del presente artículo, no hemos avanzado aquí sobre las especificidades analíticas del material empírico, consideramos sustancial advertir sobre los alcances teóricos y epistemológicos que dicho marco de escucha posibilita, como así también sobre algunos de sus límites interpretativos.

del sujeto como portador “necesario” del trauma sino sobre la espesura de esa experiencia y su vigencia de actualidad en términos de las posiciones subjetivas que se fueron reconfigurando en el largo plazo, los modos de habitar/transitar la sobrevida y los espacios de interrelación. En este sentido, recuperando la potencia que, creemos, aporta la noción de “trauma” –aquella que remite a los modos de irrupción de la violencia vivida en el campo vital y la estructura de sujeto y los procesos de desligazón simbólica que allí se suscitan– proponemos ya no una aplicación mecánica de su uso psicoanalítico sino un deslizamiento conceptual hacia la noción de “persistencias de la violencia en el espacio subjetivo”. Con ello, buscamos desplazar la mirada desde los procesos psíquicos –asibles desde el encuadre terapéutico– a sus modos de inscripción y re-emergencia subjetiva en el presente.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2000). Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III. Pre-textos: Valencia.
- Amati Sas, S. (1991). “Recuperar la vergüenza”. En J. Puget & R. Kaës (eds.), *Violencia de Estado y psicoanálisis*, (pp. 107-119). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Arfuch, L. (2010). El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea. Buenos Aires: FCE.
- Berezin, A. (2003). “Acerca de la crueldad y la hospitalidad”. En D. Waisbrot, M. Wikinski, C. Rolfo, D. Slucki & S. Toporosi (comps.), *Clínica Psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina*, (pp. 131-142). Buenos Aires: Paidós.
- Berezin, A. (2010). Sobre la crueldad. La oscuridad en los ojos. Buenos Aires: Psicolibro Ediciones.
- Berenstein, I. (2003). “Los “haceres” y los espacios psíquicos”. En D. Waisbrot, M. Wikinski, C. Rolfo, D. Slucki & S. Toporosi (comps.), *Clínica Psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina*, (pp. 85-95). Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2003). “Primer Panel. Conceptualización de catástrofe social. Límites y encrucijadas”. En D. Waisbrot, M. Wikinski, C. Rolfo, D. Slucki & S. Toporosi (comps.), *Clínica Psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina* (pp. 35-51). Buenos Aires: Paidós.
- Calveiro, P. (1998). Poder y desaparición: los campos de concentración en la Argentina. Buenos Aires: Colihue.
- Cantis, S. (23 al 25 de septiembre de 2010). “Temporalidad intemporalizable”. Federación Psicoanalítica de América Latina. Bogotá, Colombia.
- Feld, C. & Stites Mor, J. (comps.) (2009). El pasado que miramos. Memoria e imagen ante la historia reciente. Buenos Aires: Paidós.
- Gatti, G. (2008). El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Jelin, E. (2002). Los trabajos de la memoria. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

- Jelin, E. (2006). "La narrativa personal de lo invivable". En V. Carnovale, F. Lorenz & R. Pittaluga (comps.), *Historia, memoria y fuentes orales*, (pp. 63-79). Buenos Aires: CeDInCI.
- Jelin, E. & Kaufman, S. (Comps.) (2006). *Subjetividad y figuras de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kaës, R. (1991). "Rupturas catastróficas y trabajo de la memoria. Notas para una investigación". En J. Puget & R. Kaës (eds.), *Violencia de Estado y psicoanálisis*, (pp. 159-187). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Kaufman, S. (16 y 17 de noviembre de 1998). "Sobre violencia social, trauma y memoria". *Seminario Memoria Colectiva y Represión*, Montevideo, Uruguay.
- Kordon, D., Edelman, L., Lagos, D. M., Nicoletti, E., Bozzolo, R. C., Siaky, D., Kandel, E., L'Hoste, M., Bonano, O. & Kersner, D. (1986). *Efectos psicológicos de la represión política*. Buenos Aires: Sudamericana - Planeta.
- LaCapra, D. (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lampasona, J. (2012). "La figura del sobreviviente: en torno a las especificidades del genocidio en la Argentina. Una aproximación posible". *Revista Afuera, estudios de crítica cultural*, 12, pp. 1-13, ISSN 1850-6267.
- Laub, D. (1992). "Bearing witness or the vicissitudes of listening." En S. Felman & D. Laub, *Testimony: Crises of witnessing in literature, psychoanalysis, and history*. New York: Routledge.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, Olvido, Silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones al Margen.
- Pollak, M. & Heinich, N. (2006). "El testimonio". En M. Pollak, *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ed. Al Margen.
- Puget, J. (1991). "Violencia social y psicoanálisis. De lo ajeno estructurante a lo ajeno-ajenizante". En J. Puget & R. Kaës (eds.), *Violencia de Estado y psicoanálisis*, (pp. 25-56). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Puget, J. (2003). "La crueldad: práctica deshumanizante". En D. Waisbrot, M. Wikinski, C. Rolfo, D. Slucki & S. Toporosi (comps.), *Clínica Psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina*, (pp. 152-163). Buenos Aires: Paidós.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rousseaux, F. (2009). "Tomar la palabra: testimonios y testigos en el marco de los procesos contra el terrorismo de Estado en la Argentina". En Argentina, Secretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de la Nación (ed.), *Acompañamiento a testigos y querellantes en el marco de los juicios contra el terrorismo de Estado. Estrategias de Intervención. (Segunda Parte)*. Buenos Aires, Argentina.
- Sautú, R. (1999). *El método Biográfico. La reconstrucción de la memoria de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Ed. de Belgrano, Universidad de Belgrano.

- Serritella, J., Balaña, S., Kaski Fullone, F. & Rodríguez, J. (24 de octubre de 2011). Reparación del daño. *Página/12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-179268-2011-10-24.html>.
- Souto Carlevaro, V. (2010). El silencio como palabra. Memoria, arte y testimonio del horror. Buenos Aires: Prometeo.
- Tisseron, S., Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P. & Rouchy, J.C. ([1995] 1997). El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Ulriksen-Viñar, M. (1991). “La transmisión del horror”. En J. Puget & R. Kaës (eds.), *Violencia de Estado y psicoanálisis*, (pp. 121-143). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Ulloa, F. (24 de diciembre de 1998). Pensar el dispositivo de la crueldad. “La encerrona trágica” en las situaciones de tortura y exclusión social. *Página 12*. Recuperado de: <http://www.pagina12.com.ar/1998/98-12/98-12-24/psico01.htm>
- Ulloa, F. ([1999] 5 al 8 de abril de 2005). Sociedad y crueldad. En *Seminario internacional La escuela media hoy. Desafíos, debates, perspectivas*. Huerta Grande, Córdoba.
- Vasilachis, I. (2006). Estrategias de Investigación cualitativa. Barcelona: Gedisa.

